peregrinación, á verlo, siendo perfectamente recibido. Le encontró exasperado, no tanto contra sus enemigos políticos como contra su propio partido, al que acusaba del desastre de su causa.

—No se hacen - exclamaba con tono solemne y enfático, no se hacen revoluciones con guantes. Los hombres del 93 no los usaban.... no se hacen tortillas sin cascar huevos. Los exploradores del porvenir deben marchar con el hacha en la mano. La crisálida de los pueblos no se desarrolla sobre rosas. La libertad es una diosa que exige grandes holocaustos. Si en el 48 se hubiese aterrado á la Francia, hubiéramos quedado por dueños.

Estas grandiosas máximas asombraron á Luis de Camors. En su ingenuidad juvenil admiraba sinceramente á los hombres de bien que habian gobernado su pais en aquellos dias difíciles, no solamente por haber salido del poder tan pobres como entraron, sino por haber salido con las manos limpias de sangre. A este homenaje que la historia les tributará, y que les vengará de muchas injusticias contemporáneas, añadía una censura que no concordaba con las extrañas acusaciones de su tio: censurábales no haber despejado con mas franqueza, aunque no



hubiese sido mas que en los detalles de aparato, la república nueva de los malos recuerdos de la antigua. Lejos de creer, como su tio, que la renovacion de los procedimientos del 93 hubiesen asegurado el triunfo de esta república, creia que habia sucumbido solamente bajo la ensangrentada forma del pasado, y que, gracias á aquel terror tan celebrado, la Francia era el único pais del mundo en donde los peligros de la libertad parecerán, durante siglos quizá, desproporcionados con sus ventajas.

Inútil es insistir mas sobre las relaciones de Luis de Camors con su tio Dardennes; y se comprenderá que dejaron en su espíritu desconfianza y desaliento: teniendo la desgracia, demasiado comun por cierto, de hacer recaer sobre la causa misma las violencias, no bastante condenadas, de uno de sus apóstoles mas medianos, y tomando desde aquel momento la fatal costumbre, muy general en Francia, de confundir las palabras progreso y desórden, libertad y licencia, revolución y terror.

El efecto natural de la irritacion y desencanto en aquella alma ardiente fué arrojarla bruscamente al polo opuesto de las opiniones contrarias. Camors se dijo que, despues de todo, su nacimiento, su nombre y

condiciones le trazaban su verdadero deber, que consistia en combatir las doctrinas despóticas y crueles que creia ver al final de todas las teorias democráticas. Otra cosa, ademas, le habia llamado la atencion y repugnado en el lenguaje habitual de su tio, y era la profesion de absoluto ateismo. A falta de positiva, el jóven conservaba un fondo de creencia general, de respeto y como de sensibilidad religiosa, à la que ofendia la impiedad cínica. Ademas, no comprendia, ni comprendió en su vida, que pudiesen los principios morales sostenerse por su propio peso en la conciencia humana, si no tenían raices y sanción mas arriba. ¡O Dios, ó nada de principios morales! Ningun filósofo aleman pudo hacerle salir de este dilema.

La reaccion de sus ideas le aproximó á otras ramas de su familia, de las que habia vivido bastante alejado hasta entonces. Sus dos tias habitaban en París. Por razon de la escasez de su dote, las dos habian tenido que hacer ciertas transacciones en otro tiempo para pasar al estado del matrimonio. La mayor, Leonor Juana, casó en vida de su padre con el conde de la Roche-Jugan, que ya había pasado de los cincuenta, pero que era caballero muy amable y muy digno de ser amado. Sin embargo, su esposa no le



amó, porque sus maneras de ser diferian mucho en algunos puntos esenciales. El conde de la Roche-Jugan era de los que sirvieron á la restauracion con adhesion inviolable, pero sin entusiasmo. Desde su juventud habia servido en el ministerio y á la persona del duque de Richelieu, conservando lecciones y ejemplos de aquel ilustre personaje, su altura y moderacion de sentimientos, su ardiente patriotismo y fidelidad sin ilusiones. Vió desde lejos los abismos, desagradó al Principe al mostrárselos, y le siguió á ellos. Volviendo á la vida privada con escaso caudal, conservaba en ella su fé política, mas bien como una religion que como una esperanza; dirigiendo á Dios, tanto sus esperanzas, como su actividad y amor al bien. Su piedad, tan ilustrada como profunda, le hizo tomar puesto en la falange de hombres superiores que se esforzaba entonces en reconciliar la atigua fé nacional con las irrevocables libertades del pensamiento moderno. En esta tarea experimentó, como la mayor parte de sus nobles amigos, tristezas mortales, tan mortales, que sucumbió á ellas. Verdad es que su esposa no contribuyó poco á apresurar el desenlace de una vida excelente, con la intemperancia de su celo y la acrimonia de su estrecha devocion.

Esta señora tenia corazon muy pequeño y orgullo muy grande, poniendo á Dios al servicio de sus pasiones como Dardennes ponia la libertad al servicio de sus rencores. En cuanto quedó viuda, purificó su salon, no viéndose en ellos ya mas que feligreses mas ortodoxos que su Obispo, sacerdotes franceses que renegaban de Bossuet, y, por consiguiente. la religion se salvó en Francia. Admitió Luis de Camors en aquel paraje selecto á título de pariente y de neófito, encontró en el la devocion de Luis XI y la caridad de Catalina de Médicis, perdiendo muy pronto allí la poca fé que tenia.

Dolorosamente afligido, se preguntó sino habia medio entre el Terror y la Inquisicion, y si de este modo debia ser fanático ó nada. Buscó con afan cualquier opinion intermedia, constituida con la fuerza y cohesion de partido, y no pudo encontrarla.

Parecia entonces que toda la vida habia refluido á las opiniones extremas, y que todo lo que no era violento y excesivo en política ó en religion. era indiferente é inerte; vivia al dia, sin principios y sin fé. Tal le pareció al menos el personaje de los tristes azares de su vida le presensaron como tipo de los políticos templados.



Su tia menor, Luisa Isabel, á la que sus gustos llevaban á los goces de la vida mundana, aprovechó en otro tiempo la muerte de su padre para casarse con un hombre de bajo orígen, pero rico, el baron Tonnelier, cuyo abuelo fué molinero, pero cuyo padre, hombre de méritos y de honor, desempeñó elevados cargos en el primer Imperio. El baron Tonnelier tenia considerable caudal, aumentándolo diariamente por medio de especulaciones industriales, en su juventud fué galante, volteriano y liberal; y con el tiempo habia permanecido volteriano, pero habia cesado de ser galante, y sobre todo liberal. Mientras no fué mas que diputado tuvo algunas veleidades democráticas; pero en cuanto se vió investido con la dignidad de par, reconoció definitivamente que el género humano no tenia ya ningun progreso que realizar. La revolucion estaba terminada; habia llenado ya su objeto supremo. Nadie debia ya caminar, ni hablar, ni escribir, ni creer: todo esto le incomodaba. Si hubiese sido cincero, habria confesado que no comprendia como podia haber aun de vez en cuando tempestades y truenos en el cielo, y como la naturaleza no estaba perfectamente serena y tranquila estándolo el.

Cuando su sobrino pudo apreciarle, el ba-

ron Tonnelier no era ya par de Francia, pero pertenecia al número de los que no se hacen daño al caer, que algunas veces hasta mejoran, y habia reconquistado posicion muy elevada en el mundo oficial, esforzándose concienzudamente en prestar al nuevo gobierno los servicios que habia prestado al anterior. Con extraordinario aplomo hablaba de suprimir tal periódico, tal orador, tal catedrático, tal libro; de suprimirlo todo, excepto él. A creerle, Francia habia equivocado el camino desde 1789, y tratábase de llevarla al otro lado de aquella fecha fatal. Sin embargo no hablaba de volver el al molino de su abuelo, incurriendo, por tanto, en contradiccion. Si este anciano hubiese encontrado á la libertad, su madre, en un rincon de un bosque, la habria extrangulado. Añadiremos, á pesar nuestro, que acostumbraba á calificar de republicanos á los ministros en quienes sospechaba tendencias liberales, y en particular á los que querian impulsar la instruccion popular. Nunca, en una palabra, se acercó al trono consejero mas funesto; pero afortunadamente, si estaba cerca por la dignidad, se encontraba muy lejos por la confianza.

Por lo demas, era hombre amable y verde tambien, de lo que resultaba que tenia muy



malas costumbres, frecuentando mucho los bastidores. Tenia dos hijas, recientemente casadas, delante de las cuales recitaba sin cautela los chistes mas picantes de Voltaire y los cuentos mas sucios de Tallemant des Réaux, por cuya razon, ambas jóvenes prometian suministrar á la crónica ligera, de la misma manera que su madre antes que ellas, una serie de interesantes anécdotas.

Mientras Luis de Camors aprendia, por el contacto y ejemplo de los miembros colaterales de su familia, á desconfiar igualmente de todos los principios y de todas las convicciones, su terrible padre le perfeccionaba. Vividor desenfrenado, corrompido hasta la médula, egoista hasta lo inconcebible, doctor en la alta socarroneria parisien, creyéndose superior á todo porque lo rebajaba todo, y complaciéndose, finalmente, en hollar todos los deberes de que se habia creido dispensado toda su vida: tal era su padre. El padre y el hijo se veian poco, porque el conde de Camors era demasiado orgulloso para asociar á su hijo á sus desórdenes personales; pero la vida comun les reunia algunas veces á la hora de comer, oyendo entonces el padre, con su aspecto glacial y sarcástico, los relatos entusiastas y desalentados del jóven. Jamas le dispensaba el ho-